

El poder: ¿para qué y para quién? El nuevo Chile visto a través de la mirada del Informe de Desarrollo Humano

22/03/2005

Por Gonzalo Rivas

El Informe de Desarrollo Humano: "El Poder: ¿Para qué y para quién?", presentado por el PNUD en enero último, tiene un carácter marcadamente optimista. Si bien ello marca desde ya un contraste con otros Informes previos, llama más aún la atención dado el tema tratado. En efecto, la sola mención de la palabra "poder" tiende a evocar el lado más oscuro de las pasiones humanas, y cualquier conversación casual sobre el tema en Chile tiende a generar irritación.

Para evitar confusiones, señalemos desde un inicio que el Informe sí deja de manifiesto esta relación complicada de los chilenos con el poder. Como país tenemos un problema con el poder: nos cuesta convivir con él en nuestros espacios cotidianos, pues sus expresiones más habituales son el abuso y la sumisión (seguida luego del desquite); también nos ha costado lidiar con él como sociedad: el poder está muy desigualmente distribuido entre los chilenos.

¿Cómo, entonces, se explica el tono optimista del Informe?

Chile ha cambiado

El Informe tiene un tono optimista, porque los chilenos están optimistas, y eso es lo que refleja la encuesta a través de las diversas preguntas que se formulan. El Informe entrega algunas claves para entender ese sentimiento de la gente.

Desde 1998 en adelante, el país se vio enfrentado a una serie de episodios que lo convulsionaron. La crisis asiática, y sus diversas secuelas, frenaron el rápido crecimiento económico experimentado por más de una década. El desempleo y el riesgo de perder el trabajo, se instalaron en la vida cotidiana de las familias chilenas. A través de las noticias se vio como diversos países de la región se derrumbaban o experimentaban fuertes trastornos. Los atentados del 11/09 y los eventos que le siguieron, revelaron un mundo inseguro para todos, incluso para los más poderosos. La globalización surgió entonces con su peor rostro. Todas las amenazas que acechaban tras su promesa de bienestar se volvieron abruptamente realidad.

Sin embargo, aunque el país lo pasó mal, logró seguir avanzando. No se derrumbó, a diferencia de muchas otras naciones. En ese sentido, se podría afirmar que en este periodo la incertidumbre que insinuaba la globalización, se hizo cierta para los chilenos y chilenas. Pero, al mismo tiempo, se dieron cuenta que los países no están "condenados" a sufrir de la misma manera sus efectos. La conducción interna puede hacer una diferencia, y en el caso de Chile la hizo. El liderazgo importa, y como lo muestra el Informe, las personas en Chile otorgan gran importancia en sus respuestas a la capacidad que tengan los líderes nacionales de tener "una visión sobre hacia dónde debe ir el país y que sean capaces de conducirlo hacia allá".

Pero, Chile no sólo fue sacudido por eventos externos. En los últimos años no ha habido prácticamente institución nacional que no haya sido llamada a dar cuenta a la opinión pública: la Iglesia, los partidos políticos, el Estado, el Parlamento, las Fuerzas Armadas, el Poder Judicial, etc. Si en años pasados podía imperar la idea de que era posible ocultar los problemas o echar rápidamente tierra sobre los escándalos, eso ya no es posible en el Chile de hoy. Los medios de comunicación (de manera voluntaria o forzados por la competencia) se han librado de sus amarras y no reconocen "intocables". Los medios han pasado a constituirse en los grandes aliados de la gente en su contestación frente al abuso.

Continúa...

Pero, los peores temores sobre el riesgo de que el descrédito de las instituciones rectoras alentara al desorden o al desborde, no se cumplieron. El miedo al descontrol, que nos acompaña desde Portales en adelante, como defensa del secreto, del ocultamiento de los actos de los "notables" frente a un pueblo que no los entendería, ha ido cediendo terreno en Chile. Para ser justos, cabe reconocer la capacidad de la tan vilipendiada clase política, de haber sabido leer las señales de los tiempos, y haber ido acomodando sus acciones (no sin dificultades, por cierto) a este nuevo escenario. Entonces, la frase de que "en Chile las instituciones funcionan" (a pesar de todo), adquiere un significado que va más allá de su dimensión funcional. Es la promesa de la igualdad básica ante la ley que la ciudadanía anhela, pero es también la afirmación de que el país está preparado para darle la cara a los conflictos, tal como lo indica el ascenso que experimenta esa opción en las preferencias de la gente encuestada por el PNUD.

La experiencia de haber enfrentado los riesgos de la globalización y del desmoronamiento del velo que ocultaba las instituciones rectoras del escrutinio de la gente, son probablemente parte de los principales elementos del cambio cultural que ha ocurrido durante estos años en Chile. Por eso, el Informe indica que, al margen de los enormes progresos materiales, lo que marca el momento actual, no es sólo que Chile es más, es sobre todo distinto.

¿Por qué el poder?

Este contexto, de un Chile más poderoso, pero también más preparado para mirarse al espejo en sus virtudes y sus lacras, está a la base del optimismo del Informe de Desarrollo Humano. Chile está, de acuerdo al Informe, preparado para debatir sobre el poder.

Pero, el país también lo requiere para seguir progresando. Para el Informe, el poder no es un objeto o una cantidad limitada, en la cual lo que unos ganan necesariamente otros lo pierden. El poder se puede crear, expandir. Al extender las capacidades de todas y todos, el poder del país se acrecienta. Para muchos, hay una distancia muy grande aún, entre las oportunidades que el país ha creado, y las capacidades para aprovecharlas. Las desigualdades en materia de distribución de ingreso, entre hombres y mujeres, entre habitantes del centro y de regiones, conspiran para que la brecha entre oportunidades y logros, la diferencia entre el querer y el poder, sea disminuida para quienes se encuentran en posiciones de desventaja.

Sin embargo, no basta con distribuir de mejor manera las capacidades existentes. Chile también requiere crear nuevas capacidades. Un ejemplo claro, presentado en el informe, es el de la cooperación. Los chilenos y chilenas colaboran poco entre ellos. Esa es una debilidad que afecta campos tan diversos como el de la innovación tecnológica o la seguridad ciudadana, en los cuales ni la acción individual, ni la intervención del Estado, son suficientes por sí solas para generar resultados.

De ahí entonces, el llamado del Informe: "Para seguir avanzando, Chile requiere hoy más poder, personal y colectivo." (p.266)

Para que ello ocurra, hay diversos campos en los cuales deben generarse transformaciones significativas. En primer lugar, al nivel de la cultura, de la forma en la que los chilenos se relacionan entre sí: el famoso chaqueteo, la preocupación por los apellidos en las elites, el desdén con que se trata a los subordinados, por mencionar algunos ejemplos, son todas manifestaciones de las dificultades para manejar el poder. Un segundo ámbito sobre el cual el Informe llama la atención, es el de las instituciones. A menudo se olvida que los diseños institucionales no son neutros en términos de la creación, fortalecimiento o debilitamiento de actores. Sin embargo, la experiencia del sistema de AFP es una clara muestra de cómo se puede dar excesivo poder a unos pocos (las administradoras) y escaso a las mayorías (los trabajadores). Más aún, actores poderosos, pueden usar su posición para incrementar su poder y obtener capacidad de veto a los cambios. Los diseños de políticas e instituciones deben tener este aspecto en cuenta. La débil sociedad civil chilena, no sería ajena a este tema, de acuerdo al Informe.

La democracia es un tercer ámbito natural de preocupación al momento de discutir sobre el poder. En cuanto se trata de la expresión más acabada de expresión igualitaria del poder, la democracia es un ideal normativo contra el cual siempre debemos comparar las imperfectas instituciones que nos rigen. Aún desconociendo ese punto de partida, lo cierto es que la democracia chilena tiene en el sistema bi-nominal un pecado de origen imposible de soslayar. Mientras ese sistema no se modifique, será muy difícil que Chile pueda considerarse un país plenamente democrático.

Continúa...

Pero el Informe también llama la atención sobre problemas que hoy son comunes a prácticamente todas las democracias, y que se manifiestan como retos que Chile debe enfrentar: ¿Cómo conciliar hoy la creciente complejidad técnica de las decisiones con una deliberación amplia? ¿Cómo se compatibiliza la demanda por respuestas rápidas con la demanda por participación? ¿De qué manera se agrega la representación de intereses variados y dispersos en un contexto de crisis de las ideologías y de los partidos políticos? El Informe no provee respuestas a estas preguntas, aunque identifica en algunos casos experiencias que pueden señalar un rumbo a seguir (por ejemplo, la elaboración de presupuestos participativos a nivel comunal).

Las elites y la conducción del desarrollo

Probablemente por tratarse una parte con mucho "sabor", la atención de los medios de comunicación ha tendido a concentrarse en el tratamiento que hace el Informe sobre el tema de las elites. La presentación de una tipología de las elites, agrega también atractivo al capítulo, pues muchos lectores del Informe pueden identificarse con alguna de las variantes.

Al margen del interés mediático, el estudio de las elites importa, pues el desarrollo requiere de conducción. Desde esa perspectiva, el Informe muestra que Chile dispone de elites con una interesante capacidad para dialogar y estructurar acuerdos entre sus diversos componentes, pero con una preocupante dificultad para abrir espacio a quienes "vienen empujando desde abajo". Más aún, las elites han tendido a encerrarse sobre sí mismas, lo que se refleja bien en los colegios a los cuales envían a sus hijos. Otro problema detectado, es que quienes en la elite manifiestan voluntad de conducir el desarrollo del país, declaran no disponer del poder para hacerlo. Contrariamente, quienes si parecen reconocer su poder, creen que es una pretensión ilusa tratar de conducir el desarrollo.

Los chilenos, sin embargo, aspiran a que exista conducción. Reconocen su necesidad e importancia. Pero no cualquier liderazgo es bienvenido.

La encuesta es decidora en subrayar la importancia que las personas dan a que quienes aspiran a liderarlos puedan entender los problemas que los aquejan. Más aún, a pesar de valorar las soluciones rápidas, la mayoría está dispuesta a aceptar que las respuestas demoren más tiempo, en la medida en que ello signifique que son consultados. La gente está dispuesta a perdonar muchas cosas a sus dirigentes, pero lo que menos están dispuestos a transar es que tome poco contacto con la gente.

En definitiva, el Informe de Desarrollo Humano del año 2004, es una invitación a conversar sobre el poder. Es una invitación optimista, pues se trata de una conversación que se hace mirando los retos que el país requiere asumir para seguir progresando, a partir de lo ya logrado. Es optimista, porque los chilenos tienen ganas de que el país siga progresando y ser ellos parte de ese progreso. Pero, es optimista sobre todo, porque el país está preparado para tener esta discusión. Los chilenos y chilenas quieren ser tratados como adultos, no como niños que deben ser conducidos de la mano. Ese, es un rasgo del nuevo Chile que debe ser más que bienvenido.

El autor participó como co-autor en la elaboración del Informe de Desarrollo Humano 2004. Este artículo representa su visión personal y no compromete ni al PNUD ni a los restantes autores del Informe.